

El dominico comprendió que era preciso ser, ostensiblemente al menos, completamente extraño á su padre. Así que, cuando estuvo á su lado, en vez de abrazarle, de hablarle, ó de alargarle solamente la mano, se arrodilló junto al pilar, y después de haber dado gracias á Dios, cogió la mano que su padre había dejado caer, y besándola con fervor y respeto, se contentó con pronunciar estas dos palabras, que lo mismo podían dirigirse á Dios que aquel á cuyos pies se hallaba:

— ¡ Padre mío !

CAPÍTULO VII.

LO QUE PASABA EN LA IGLESIA DE LA ASUNCIÓN EL 30 DE MARZO DEL AÑO DE GRACIA DE 1827.

La iglesia de la Asunción, cuya construcción se remonta al año de 1670, es sin disputa uno de los más vulgares y feos monumentos de París.

La forma es también muy mala; representa una cruz cubierta con un inmenso domo de sesenta y dos pies de diámetro; es una cosa semejante á la *Halle aux blés*, de modo que dice Legrand en su *Descripción de París y de sus edificios*: « Siendo este monumento demasiado elevado para su diámetro, el interior presenta el aspecto de un profundo pozo, más bien que la gracia de una cúpula bien proporcionada. »

Antes de que fuese erigida en iglesia parroquial, la Asunción era un convento de religiosas.

Las hermanas que habitaban este convento se llamaban las *Haudriettes*. En sus primeros tiempos estaban encargadas de asistir en un hospital de mujeres pobres. Poco á poco, el hospital se convirtió en convento, y desde entonces vivieron como comunidad religiosa.

La conducta de esas religiosas no siempre fué muy arreglada, y muchas veces, aunque en vano, se trató de reformar su casa. Por fin, el cardenal de la Rochefoucauld se empeñó en reformarlas y trasladarlas á un palacio que había tenido en el arrabal de Saint-Honoré, que en 1605 había vendido á los jesuitas, y que éstos, por contrato celebrado en 3 de Febrero de 1625, volvieron á vender á las religiosas Haudriettes.

Seis meses hacía ya que estaban establecidas allí, cuando se les suprimió el nombre de Haudriettes, para sustituirlo con el de Asunción.

No pareciéndoles suficiente á las monjas la capilla de su nuevo convento, compraron á un tal Desnoyers su casa, é hicieron empezar, en 1670, la construcción de su iglesia, que fué concluida seis años después.

En el momento en que el fúnebre cortejo se disponía á dejar la casa mortuoria para dirigirse á la iglesia, los antiguos discípulos de la escuela de Chalons, que Mr. de Liancourt había fundado, pidieron que se les dejase llevar el féretro de uno de sus bienhechores.

Uno de los ministros de Carlos X, el señor duque de la Rochefoucauld-Doudeauville, próximo pariente del difunto, que debía llevar una de las cintas, concedió el permiso á nombre de la familia.

El cortejo se puso en marcha lenta y solemnemente, llegando en el mayor orden á la iglesia.

La gente, apretada contra ambos lados de la calle, tran-

quila y silenciosa, se apartaba y descubría respetuosamente, á medida que avanzaba y pasaba el féretro.

Sería preciso un índice de todas las notabilidades de la época, para dar una idea de todos los nobles asistentes que habían atraído en este día á la iglesia de la Asunción las exequias del noble duque.

Allí estaban los condes Gaetano y Alejandro de la Rochefoucauld, hijos del difunto, y toda su familia; los duques de Brissac, de Levis, de Richelieu; los condes de Portalis y de Bastard, el barón Portal, los señores de Barante, Lainé, Pasquier, Decazes, el abad de Montesquieu, la Bourdonnaie, de Villele, Hyde de Neuville, de Noailles, Casimir Perier, Benjamín Constant, Royer-Collard y Beranger.

Entre dos de las pilastras de que está formado el muro circular de la iglesia, un hombre que ya en 1789 había representado un gran papel en los negocios públicos, y en 1830 debía volver á representarlo, el ilustre y bueno Lafayette, cambiaba de cuando en cuando, con otro hombre de cuarenta y dos á cuarenta y cuatro años, pero que apenas representaba treinta y cinco, algunas palabras, acompañadas de ese tono deferente que el buen anciano empleaba para todo el mundo, pero que tan bien sabía acentuar en favor de aquellos á quienes honraba particularmente con su estimación.

Este hombre, cuyo nombre ya nuestra pluma ha trazado dos ó tres veces, pero á quien todavía no hemos tenido el honor de presentar á nuestros lectores, es Mr. Antenor de Marande, el marido de una de aquellas cuatro hermanas de San Dionisio, que hemos visto reunidas alrededor del lecho de Carmelita y en la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, y que hasta el presente no hemos hecho más que indicar bajo el nombre de Lidia.

Mr. de Marande, cuya edad ya hemos dicho, era un bello y elegante banquero de blondos cabellos, barba rubia, ojos azules, dientes blancos y rosadas mejillas. Una gran distinción, no la que da el nacimiento, sino la que se adquiere por el estudio, por la educación, por el trato de gentes, esa distinción, cuyo privilegio parece ser exclusivo del caballero inglés, era uno de los rasgos más característicos de su persona.

Tenia también cierta tiesura, que revelaba su primera educación.

Destinado por su padre, viejo coronel del Imperio, muerto en Waterloo, á la carrera militar, había sido educado en la escuela politécnica, de donde salió en 1816. Viendo entonces que el porvenir era pacífico, dirigió sus estudios al comercio. Lo mismo que había estudiado á Polibio, á Montecuculli y á Jomini, estudió á Turgot, y Necker, y como su imaginación era apta para comprenderlo todo, en vez de ser un oficial ilustre, se convirtió en un distinguido banquero.

Como ya hemos dicho, su figura conservaba algo del corbatín de seda negro y de la levita abrochada, en la cual había estado encerrado durante diez ó doce años.

Á una mujer podía parecerle bello, porque para la mujer, la elegancia y la distinción son la mitad de la belleza. Pero para los hombres debiera parecerles naturalmente tieso, presumido, en una palabra, fatuo.

Esa afectación del *comme il faut* inglés, le había proporcionado dos ó tres lances, en los que se había portado con un valor y una sangre fría admirable.

En el primero de estos lances, ocurrido en 1º de mes, había sido llevado á cabo en el acto, á espada, y había herido gravemente á su adversario.

En el segundo, que debía verificarse á pistola, y que le acaeció en el vigésimosegundo día del mes, había pedido diez días de término.

El objeto de estos diez días, era el de arreglar su fin de mes, como se dice en términos de banca.

Arreglada ya ésta, escribió su testamento; hizo recordar á su adversario que el término fijado expiraba al siguiente día, y que estaría á su disposición en el sitio y hora que tuviese por conveniente señalar.

Colocados ambos adversarios á treinta pasos, hicieron fuego al mismo tiempo.

Mr. de Marande había sido herido en el muslo.

Su adversario quedó muerto en el acto.

Todo esto sin que se descompusiera el más mínimo pliego de la corbata blanca, que casi siempre tenía costumbre de llevar Mr. del Marande.

Jamás hablaba á nadie de estos dos lances, y hasta parecía hallarse altamente contrariado cuando se le recordaba.

En cuanto á su destreza en la espada ó la pistola, nunca había dado más pruebas que éstas, y acaso sin este doble duelo, se hubiera ignorado siempre, aun entre sus más íntimos amigos, que sabía manejar arma ninguna.

Decíase solamente que tenía en su casa una sala de armas y un tiro: sala donde no entraba nadie más que un viejo italiano llamado Castelli, que servía de segundo á los más célebres maestros de esgrima, así como en el tiro no entraba tampoco nadie más que un criado suyo.

Mr. de Marande estaba con Mrs. de Rothschild, Laffitte y Aguado, uno de los banqueros más célebres del continente, no por ser el más rico, sino por ser el más atrevido. Citábanse de él operaciones financieras de increíble arrojo,

notables por el genio, el atrevimiento y la audacia con que habían sido llevadas á cabo.

En cuanto tuvo la edad señalada por la Constitución, había sido enviado á la Cámara por su departamento, en el cual obtuvo una mayoría, que casi podía decirse unanimidad; y algunos años después había pronunciado, al cabo de un silencio de tres años, un discurso sobre libertad de imprenta, que probaba había estudiado los oradores antiguos y modernos con no menor aprovechamiento que á los estratégicos y economistas.

Amigo íntimo de Benjamín Constant, de Manuel y de Lafayette, sentábase en el centro izquierdo y parecía estar afiliado á la bandera política de los banqueros Casimir Perier y Laffitte.

¿Cuál era esta bandera?

Era una cosa bastante difícil de definir; sin embargo, los que pretendían estar iniciados en los secretos de la época decían: que esta bandera, representando una opinión intermedia entre la república y la monarquía absoluta, era la de un príncipe que, no por permanecer prudentemente obscurecido, trabajaba menos para derribar el actual estado de cosas.

Se ve, pues, que había una ligera diferencia entre la opinión del general Lafayette, que representaba la monarquía republicana con la Constitución de 1789, y la de Mr. de Marande, que si era, en efecto, agente del príncipe, representaba una monarquía popular con ligeras modificaciones de la carta de 1815.

Pero se hubiesen desvanecido todas las dudas sobre las opiniones de ambos, si se les hubiera oído la pequeña conversación que acababan de tener.

— ¿Estáis avisado de lo que pasa allá abajo, general?

- Sí; hay alza en los fondos austriacos.
 — ¿Jugaréis á la alza ó á la baja?
 — No: permaneceré neutral.
 — ¿Es vuestra opinión sola, ó también la de los banqueros amigos vuestros?
 — Es la opinión general.
 — Entonces, ¿ la palabra de orden?
 — *Dejar hacer.* Y vos, ¿ habéis visto al príncipe?
 — Sí.
 — ¿ Le habéis comunicado el movimiento que se está efectuando? ¿ Creo que tiene fondos en la casa Arustein y Eskeles?

- Tiene allí, en efecto, gran parte de su fortuna.
 — ¿ Jugará en pro ó en contra?
 — No: como vos, dejará hacer, dijo Mr. de Marandé.
 — Es lo más prudente, dijo el general Lafayette.

Y á contar desde este momento, los dos guardaron silencio, poniendo toda su atención en examinar lo que pasaba á su alrededor.

Á cinco ó seis pasos del general y del banquero, después de haber oído con profundo respeto algunas palabras que les dirigió Beranger, cuatro jóvenes de buen aspecto hablaban en voz baja en el momento mismo en que entraba el féretro en la iglesia.

Estos cuatro jóvenes eran nuestros cuatro amigos, Juan Robert, Ludovico, Petrus y Justino.

Buscaban con la vista, en medio de aquella gente á alguno, que sin duda no esperaban encontrar, y que á pesar de su obstinada investigación no veían.

Le distinguieron por fin entre el número de personas que habían podido entrar en pos del féretro.

Era Salvador

Éste los divisó á la primera mirada, y atravesando por medio de la gente, se dirigió hacia ellos.

Tardó, sin embargó, bastante en atravesar la distancia que le separaba de los jóvenes, porque en todo el trecho que atravesó, todas las manos se dirigían á estrechar las suyas.

Llegó por fin á los pilares, en cuyos pedestales estaban apoyados los cuatro amigos.

Sus cuatro manos se extendieron hacia él al mismo tiempo, y los jóvenes formaron un semicírculo, en cuyo centro quedó Salvador.

— ¿ Tenéis algo que decirnos? preguntó Juan Robert, que había notado cierta inquietud en la mirada de su interlocutor.

— Sí, y muy importante, dijo Salvador.

Después, mirando con desconfianza á su alrededor, dijo:

— Veáis lo que veáis, suceda lo que quiera, por buena que os parezca la ocasión, no hagáis nada.

— ¿ Qué va á suceder? preguntó Ludovico.

— Lo ignoro, dijo Salvador; pero debe ser algo así como un motín.

— ¿ En un día de entierro? preguntó cándidamente Justino.

Salvador se sonrió.

— Ya conocéis el proverbio, mi querido Justino: « El fin justifica los medios. »

— Entonces, ¿ por qué nos decís que no hagamos nada?

— Porque hay motines de motines.

— Cierto, replicó Ludovico, que comprendió el sentido de las palabras de Salvador; hay motines que se hacen, y otros que se hacen hacer.

— Ó de otro modo, dijo Juan Robert ; hay motines sin que haya amotinados.

— ¡ Diablo ! dijo Petrus, esos son los más peligrosos, según lo que sobre ellos he oído decir á mi tío.

— Y vuestro tío es hombre de talento, señor Petrus, dijo Salvador.

Después, volviéndose á Justino :

— Permaneced tranquilo, mi querido Justino, dijo ; si al salir de la iglesia gritan, bien ; *Viva la libertad de imprenta !* bien ; *Abajo los ministros !* ú otra cosa cualquiera, dejad que griten ; si se dan algunos porrazos, que se los den ; si os amenazan, no hagáis caso ; en una palabra, aténded á ese no sé qué que va á suceder, con la sangre fría de un sordo, con la calma de un mudo, con la imposibilidad de un ciego.

— Está bien, dijo Justino suspirando como un hombre que deja escapar, á su pesar, la primera ocasión de hacer sus pruebas.

Salvador comprendió el ademán del joven, y á manera de consuelo, le dijo :

— Un poco de paciencia, amigo mío ; no tardará mucho en presentarse ocasión propicia. Hasta entonces, guardad vuestros deseos, y ahora el más profundo silencio. Hemos hablado ya demasiado ; mirad las caras patibularias que nos rodean.

En efecto, en todas direcciones, cerca de los jóvenes como lejos de ellos, paseábanse con aspecto tranquilo y compungido, parecidos á los piadosos asistentes que temían turbar el recogimiento general con el ruido de sus pasos, un número indefinido de esos hombres, á quienes nada disfraza á una vista perspicaz, y que producen siempre, al confundirse entre una buena compañía, el mismo

efecto que causan en un drama ó en un vaudeville, mezclados con los actores, las comparsas que representan los convidados á una comida ó á una boda.

Por medio de esta gente, foco convergente de todas las miradas, pasaban dos individuos, á quienes no dudamos que nuestros lectores tendrán deseos de volver á hallar.

Vestía uno una larga levita azul, con la cinta de la Legión de honor en uno de los ojales, apoyándose en una caña, como si le obligase alguna antigua herida á buscar esta tercera pierna, de que habla la esfinge del Edipo.

El otro, envuelto en un gabán ceniciento, tenía trazas de ser un comerciante retirado.

Al hablarse, estos dos individuos se daban solamente el título de vecinos.

Estos dos individuos, de rostro pálido y sereno, eran nuestros antiguos conocidos, Gibassier y Carmañola.

Pero ¿ cómo Carmañola, que había marchado á Viena con Mr. Jackal, y Gibassier, que había partido sólo para Kehl, se hallaban reunidos en la iglesia de la Asunción, dispuestos á dar la palabra de orden á todo aquel ejército de agentes que inquietaba á Salvador ?

Esto es lo que vamos á decir á nuestros lectores.

FIN DE LOS MOHICANOS DE PARÍS.